

A PARTIR DE RANCIERE Y VIRNO: NOTAS PARA PROBLEMATIZAR QUÉ PUEDE SER HOY HACER UNA CRÍTICA DE MEDIOS

Juan Manuel Sodo
Universidad Nacional de Rosario (Argentina)

Introducción

Sobre los medios se dice y se ha dicho mucho. Haciendo un buen barrido por el arco de puntos de vista existentes, y sus tensiones, relevamos que se ha dicho y se dice, *grosso modo*, algo de lo siguiente: que los medios reflejan lo real; que no lo reflejan, sino que lo construyen. Que los medios dicen qué pensar; que no dicen qué pensar, sino en qué pensar. Que clausuran temas; que no clausuran temas, sino que los jerarquizan según agendas. Que manipulan; que no manipulan, sino que crean ambientes y climas. Que mienten; que no mienten, sino que crean realidad simplificada, clichés, percepciones preformateadas. Que influyen en sujetos pasivos; que no tienen ninguna influencia porque los sujetos son activos. Que producen efectos inmediatos y medibles; que, en caso de que produzcan efectos, estos no son sino cognitivos, acumulativos, sedimentados en un largo alcance, impredecibles y de largo plazo. Que los medios involucran una relación directa entre instancias de emisión y de recepción; que la relación entre producción y reconocimiento (entre emisión y recepción, en clave veroniana) es asimétrica.

Hasta allí un arco, un espectro posible de posiciones respecto de los medios. Así, ¿habría algo más para decir? (retomamos abajo). Y a su vez: ¿no serán todo eso a la vez, los medios?, ¿no será que sus devenires se juegan todo el tiempo en esa constante tensión producida por cada una de esas polaridades oscilantes, en cada uno de esos niveles de ambivalencia? En esa línea, no mantener una mirada ambivalente, ¿significará caer en visiones parciales del asunto? Una situación que quizás grafique esto último, a manera de ejemplo: los abordajes socio-semióticos, principalmente abocados a las materialidades significantes de las distintas mediatizaciones actuantes en el actual proceso de mediatización, quizá dejen en segundo plano un fenómeno que ha quedado especialmente expuesto en los últimos años, sobre todo a partir del desarrollo de los programas televisivos de archivo: las burdas y denodadas operaciones de algunos grupos mediáticos para enfatizar, manipular u omitir según propias conveniencias (lo que, de paso, tal vez nos haga pensar en el fin del periodismo, en el sentido de que el gesto que lo funda como práctica es la relación con una verdad). De igual forma, los abordajes particularmente caros a un análisis de contenido de este tipo, como el que vehiculan dicha clase de programas televisivos de archivo, a nuestro entender quedan excesivamente pegados al caso o al fragmento, desatendiendo la problematización de gramáticas, lenguajes y rutinas de producción que son propias del discurso mediático en sí, independientemente del interés o signo político-empresarial de cada grupo; desatención que quizás derive en perderse la pregunta referida a qué es un debate y a cómo se están tratando los temas en sociedades como las nuestras hoy, a través de qué mecanismos; discurso mediático “en sí” (Sodo 2012), que, como hemos demostrado en otro

lugar, opera sobre la cobertura y el tratamiento de temas en general, sin que haya distinciones, por ejemplo, entre “violencia en el fútbol” (el campo de estudio en el que venimos trabajando puntualmente), “situación carcelaria”, “toma de colegios”, o “consumo juvenil de drogas y alcohol”.

Pero nuevamente, y retomando el planteo que intentamos introducir aquí, ¿habrá algo más para decir sobre los medios?

Por lo pronto, si el asunto nos interesa es en virtud de una doble razón. En primer lugar, porque en sociedades mediatizadas como las nuestras (Verón 2001, Valdetaro 2007), la producción y circulación de palabras públicas, de sentidos socialmente relevantes, las modalidades de las discusiones de temas de interés general comunitario no pueden pensarse sin pensar en la instancia que en buena parte los modula y los condiciona: los medios. En segundo lugar, en tanto lo que nos interesa es lo que hemos dado en llamar *subjetividad mediática* (Ver Sodo, 2012b).

La subjetividad mediática, concepto exclusivamente operativo, es, para nosotros, el producto de años y años de interacción con los medios. Es procesar información, escuchar, percibir, hablar, tratar un tema, entablar una discusión, habitar una reunión... si se quiere, de manera mediática. Dicho de otro modo: si, como en todo discurso social, la especificidad y la continuidad de los medios como fenómeno discursivo reside en la dimensión que nos remite a sus condiciones de producción (Verón 1987), nuestra definición de subjetividad mediática involucra el supuesto de que, entrenados en la interacción con los medios, los sujetos en su vida cotidiana hacen suyos algunos de sus procedimientos. Pudimos mostrar esto en el marco de las aulas universitarias, por ejemplo, donde veíamos que los alumnos participaban en clase o se relacionaban con los textos desplegando mecanismos propios de la TV e Internet, como el *linkeo* y la opinión (Ver Hudson-Sodo, 2007). También, quedó puesto de manifiesto en reuniones de grupos de hinchas del fútbol partícipes de la vida institucional de su club, a las que asistimos como observadores participantes. Lo que estaría quedando como área de vacancia sería analizar la subjetividad mediática en otros terrenos de lo social, como pueden ser la militancia político-partidaria o la escuela, por referir dos de relevancia pública, entre muchos otros.

Ahora sí: ¿algo más para decir? ¿Y si hubiera para decir algo, pero no tanto referido a los medios como a la pregunta por la crítica de medios?

Haremos de cuenta que tal cosa es pertinente y formularemos algunos interrogantes sobre los que se estructurará el texto que continúa. A saber: ¿qué puede ser hoy una crítica de medios?, ¿por dónde podría pasar?, ¿por qué? ¿Se puede hacer una crítica de medios sin sucumbir ante el ruido mediático? ¿Cómo hacer una crítica no redundante ni contraproducente, en condiciones como las actuales, donde el enunciar es más importante que el enunciado, donde el decir pesa más que lo dicho? Para ayudarnos con estas inquietudes es que revisamos algunos pasajes del pensamiento de Jacques Ranciere y de Paolo Virno, que seleccionamos aquí por lo que entendemos su grado de innovación y de sugerencia. Y con

estos pasajes, insumos para problematizar la pregunta por la crítica para, sobre el final, arriesgar una serie de conclusiones tentativas. Veamos.

Ranciere y una sociedad de traductores

Retomamos entonces: ¿cómo hacer una crítica de medios sin sucumbir al ruido mediático? ¿Cómo hablar de algo de lo que todo el mundo habla y en donde todos hablan? Con “ruido”, nos referimos a la conjunción resultante de un exceso de tematizaciones y opiniones (Lewcowicz 1996), de repeticiones, de novedades y ofertas en tiempos real que sobresaturan, sumado a la sobreestimulación de informaciones, a la excitación de imágenes sensacionalistas, gritos, polémicas, peleas, acusaciones, noticias de último momento, fragmentos vertiginosos cual videoclip; en suma, a esa especie de murmullo constante y sonante, zumbido envolvente y aturridor, por momentos embotante que, todo un clima y ambiente en sí mismo, constituyen hoy los medios, a toda hora y con pantallas presentes en todo lugar.

En un artículo del libro traducido al español como *El espectador emancipado* (2010), si bien dedicado al teatro, Ranciere plantea algo que puede resultarnos de utilidad sobre esto. El filósofo francés sitúa un dilema que habría recorrido transversalmente la historia de dicha arte escénica. Lo llama *la paradoja del espectador* y lo plantea así: por un lado, no hay teatro sin espectador; pero por el otro, ser espectador es un mal. ¿Por qué? Porque mira, cuando mirar es lo contrario de conocer (el espectador ve apariencias, pero no el proceso de producción de esas apariencias). Y porque permanece quieto y pasivo, cuando estarse quieto y pasivo es estarse separado de la propia capacidad de actuar y conocer. Ese diagnóstico, según Ranciere, es el que subyace como invariante en todos los intentos de reforma del teatro moderno, desde el Teatro Épico de Brecht al Teatro de la Crueldad de Artaud, intentos que han perseguido la creación de un nuevo teatro, sin espectadores, o un teatro con espectadores de conocimiento y acción.

Situado el dilema, entran en juego las proposiciones del autor sobre la emancipación intelectual, el presupuesto de la igualdad de las inteligencias y el método Jacotot, trabajados estos últimos en *El maestro ignorante* (2003). Sostiene que, así como en la relación pedagógica moderna el maestro busca disminuir progresivamente la distancia que lo separa del alumno, del “ignorante”, sin saber que así no hace más que recrearla, el dramaturgo busca disminuir la distancia que lo separa del espectador. Y afirma que en esa búsqueda, común a ambas prácticas, subyace un error fundamental, que destacamos: <lejos de un mal por abolir, tal como se suele creer, la distancia es la condición normal de toda comunicación>. Tan es así que el animal humano aprendería todas las cosas como primero ha aprendido la lengua materna: observando y comparando una cosa con otra, un signo con un hecho, un signo con otro signo. Así lo expresa Ranciere: “De ese ignorante que deletrea signos, al docto que construye hipótesis, es siempre la misma inteligencia la que está en funciones, una inteligencia que traduce signos a otros signos y que procede por comparaciones y figuras para comunicar

sus aventuras intelectuales [...] Este trabajo poético de traducción está en el corazón de todo aprendizaje” (2010: 17).

Distancia y trabajo poético de traducción. He ahí dos términos clave para nuestra problematización, que cabe ir agendando.

La emancipación, agrega el autor, “comienza cuando se vuelve a cuestionar la oposición entre mirar y actuar” (óp. cit.: 19) ¿Por qué? Porque el espectador, dirá, también actúa, al igual que actúan el alumno y el docto. Porque “observa, selecciona, compara, interpreta. Liga aquello que ve a muchas otras cosas que ha visto en otros escenarios, en otros tipos de lugares. Compone su propio poema con los elementos del poema que tiene delante” (ibídem). En suma: en un teatro, así como en una escuela, un museo o en plena calle, no habría sino individuos que trazan su propio camino en la selva de las cosas y los signos, postula Ranciere.

¿Qué tienen en común estos individuos? ¿Qué los hace semejantes? Pero a la vez, ¿qué los hace singulares? Lo que los hace tan semejantes como singulares no es ninguna otra cosa que el poder de traducir lo que perciben y ligarlo a una aventura o un camino particular. Y es un poder que “se ejerce a través de distancias irreductibles, se ejerce por un juego imprevisible de asociaciones y disociaciones” (óp. cit.: 23). Porque, para el filósofo que nos convoca, <ser espectador no es la condición pasiva que precisaríamos cambiar en actividad. Es nuestra situación normal>. En otras palabras: aprendemos y enseñamos, actuamos y conocemos también como espectadores que ligan en todo momento aquello que ven con aquello que han visto y dicho, hecho y soñado.

Sintetizando, estos pasajes de Ranciere vienen a nosotros a raíz de que, según nuestro punto de vista, el actual sistema de medios, con los climas que genera, con las temporalidades y las operaciones que la rigen, con el tipo de interpelaciones somáticas y de contacto, vínculos y contratos de lectura que implica y propone (Valdettaro 2006), golpearía justo sobre la capacidad de traducir y disociar. Dicho de otro modo, creemos que entre el exceso de opiniones, la sobresaturación, la urgencia, la hiperexcitación, el sobreestímulo... se dificulta traducir. Como convivir con el martilleo incesante de una obra en construcción vecina que termina por embotar, el ambiente mediático terminaría por envolver e imposibilitar distancias críticas, siempre hablando en términos de Ranciere.

Virno y la sociedad del *performativo absoluto*

La pregunta de la que partíamos, acá, era ¿cómo hacer una crítica no redundante ni contraproducente, en condiciones como las actuales, donde el enunciar es más importante que el enunciado, donde el decir pesa más que lo dicho? Para abordar las relaciones entre el decir y lo dicho, Virno.

En el libro *Cuando el verbo se hace carne* (2004), parte de un punto al que va retornando todo el tiempo a la hora de esbozar sus hipótesis y sus argumentos. Se trata de la diferencia entre la *lengua histórico-social* y la *facultad de lenguaje*. Esto es, la diferencia entre algo que es del orden de lo convencional y algo que es del orden de lo común-genérico. Algo que remite a lo social y algo que remite a lo universal de la especie. Entre una cosa que remite a lo

simbólico y otra que remite a lo bio-fisiológico. Una que presupone necesariamente a la lengua materna en una sociedad determinada y otra que presupone necesariamente unas cuerdas vocales, una respiración, una modulación de aire en un paladar, una boca, una voz, un cuerpo.

Si la lengua tiene que ver con el *esto-que-se-dice*, la facultad de lenguaje tiene que ver con el *esto-que-se-habla*, con el puro poder-decir independiente de las realizaciones particulares de una lengua. Si la una tiene que ver con el enunciado, con el contenido semántico y con el significado, la otra tiene que ver con la enunciación, con el pronunciamiento y el significante. Así como la lengua es referencial en tanto nombra al mundo y sus objetos, la facultad de lenguaje es autorreferencial en tanto solo remite a un sujeto, a alguien-que-habla. Por otra parte, si la lengua puede funcionar efectuándose mentalmente o en silencio, la facultad de lenguaje funciona necesariamente a partir de la vocalización. Finalmente, si una tiene una función de comunicación, la otra tiene una función ritual, dirá Virno, en tanto la toma de la palabra marcaría la aparición del sujeto ante los demás.

Lengua histórico-natural y facultad de lenguaje son para el filósofo italiano –en permanente diálogo con Saussure, Benveniste y Wittgenstein– las dos caras inseparables de la hoja de papel que implica, para el animal hablante humano, toda acción de emitir actos de palabra o enunciados. Claro que, dirá, por ser siempre la cara más visible la del contenido, la lengua, el *esto-que-se-dice* es la cara que generalmente ha suscitado y recibido la mayor atención de los investigadores y estudiosos. Así es que, para innovar, Virno focalizará su mirada en aquellas formas discursivas en las que esta relación se invierte. Posará su ojo en formas como las de la comunicación fáctica (fórmulas estereotipadas del estilo de “Hola, cómo estás” o “Buen día”), en opiniones en las que no se dice nada y que son el pretexto para llamar la atención; en suma, en formas discursivas que funcionan y se estructuran formalmente a la manera del *yo hablo*, es decir, a la manera del *performativo absoluto*. En ese sentido, en el libro trabaja dos ámbitos: el del lenguaje egocéntrico infantil y el de la palabra religiosa. ¿Qué tiene todo esto que ver con una crítica de medios? Veamos.

Y para ello, detengámonos un momento en algunos aspectos del performativo absoluto. *Performativos ordinarios* son enunciados del estilo de “tomo a esta mujer como mi legítima esposa”, “sí, juro”, “te apuesto una cena a que tengo razón”. Enunciados proferidos por alguien que, al proferirlos, no describe una acción sino que la ejecuta; alguien que no habla de lo que hace sino que hace algo hablando. El enunciado “yo hablo”, en cambio, es el *performativo absoluto*. ¿Por qué? Porque es el único enteramente autorreferencial; que se agota en sí mismo en tanto no depende, para efectuarse, de restos referenciales, de condiciones extra-lingüísticas específicas, de las condiciones institucionales de todo acto de habla (un sacerdote, un acto de juramento, una cena, para el caso de los ejemplos). El “yo hablo” realiza una acción, la de hablar, nada más que hablando, en simultáneo. Allí las dos caras de la hoja se vuelven una sola. El enunciado y la enunciación, el contenido semántico y la facultad de lenguaje, entonces, pasan a coincidir por completo.

El performativo absoluto es ambivalente, según nuestro autor. Puede ser, por un lado, redundante; pero por otro, necesario y salvador. En este último sentido, entonces, es que se

pregunta: ¿para qué sirve el performativo absoluto? Y afirma que el performativo absoluto asume una función de refuerzo del proceso de la hominización, y sirve para reforzar la autoconciencia en momentos de crisis subjetivas, de borramientos del sujeto.

Para graficarlo, nada mejor que la infancia. El caso del infante que balbucea sus primeros sonidos. Porque la autoconciencia se formaría en la vocalización y no en el pensamiento verbal silencioso. Allí están los monólogos exteriores del niño para demostrarlo. Se trata de balbuceos o soliloquios que realiza para sí mismo, como hablando solo, pero siempre en voz alta y en presencia de los demás, aunque esta presencia de los demás no significa que el monólogo persiga una función comunicativa. Por el contrario, la función de estos balbuceos sería la de: 1) separarse de la lengua materna. 2) Comenzar con el proceso de individualización / singularización: del “se habla” al “yo hablo”. 3) Presentarse a sí mismo y ante los demás como fuente de enunciaciones, es decir, como sujeto hablante, y por ende como semejante. 4) Al escucharse, ir dando forma a la autoconciencia. 5) Armarse una biografía.

Resumiendo, las fórmulas proferidas con la estructura y la función del “yo hablo” no serían sino las descendientes del lenguaje egocéntrico infantil, a las que Virno denomina también <lenguaje egocéntrico adulto> o <lenguaje egocéntrico de segundo grado>. Sobran los ejemplos en los que, solos en una habitación o en medio de la calle, en público o en privado, los hombres exclaman para sí mismos pero ante otros (físicos o imaginarios): “qué hice para merecer esto”, “no te puedo creer, me quiero matar”, “pero será posible”, “pero me cago en Dios”, etcétera.

Desde esa perspectiva, la cancha de fútbol es un lugar prolífico para el lenguaje egocéntrico de segundo grado: las puteadas al destino, a Dios y a los protagonistas o rivales de turno (como si estos las escucharan, lo cual nos hace pensar en una función de presentación ante los compañeros de tribuna antes que en una función comunicativa), los pedidos al DT para que saque o ponga a determinado jugador (se aplica lo mismo que en el caso anterior), los “somos horribles, no jugamos a nada, así no le ganamos a nadie” proferidos a viva voz mirando al cielo y rodeados de miles de personas (1). Es un lugar privilegiado y aquel que nosotros hemos mayormente analizado, lo cual desde ya no equivale a que sea el más privilegiado ni el único (como tampoco lo son la infancia y la palabra religiosa, que trabaja Virno). En ese sentido, y así como nos referíamos a la *subjetividad mediática*, quedaría señalada un área de vacancia investigativa, consistente en cartografiar zonas de lo social con fuerte presencia de discursividades basadas en la estructura y función del performativo absoluto. ¿Las zonas comprendidas por redes como Twitter y Facebook, por ejemplo? De ser así, ¿de qué crisis subjetivas nos estaría hablando ello?

Finalmente, si, como dice Benveniste (1976), antes de la enunciación la lengua no es más que la posibilidad de la lengua, eso quiere decir que habría una compleja relación entre potencia y acto. O, para tomar las imágenes de Virno, entre flecha y ciclo. A saber: si todo acto de palabra es contingente e irreplicable en el tiempo, como una flecha que al lanzarse ya no volverá atrás, cada uno de esos actos es cíclico en tanto para efectuarse retorna todo el tiempo

a la facultad de lenguaje, inmodificada desde Cromañón en adelante. Pero el filósofo da un paso más allá cuando dice que, la relación potencia-acto, es ella misma potencial. Y que, en consecuencia, por momentos puede desbalancearse y recostarse sobre un lado u otro; esto es, quedar más para el lado de la potencia que del acto y viceversa. De hecho, “ocurre a veces que la potencia se encierra en sí misma, sin exteriorizarse en acciones definidas” (óp. cit.: 94), pero “también ocurre, a la inversa, que la acción pierda todo halo potencial, adquiriendo la fijación alucinada de un tic o un reflejo pavloviano” (ibídem).

El acto sin potencia vendría a consistir en una serie de vocalizaciones estereotipadas, monocordes, repetitivas, como si los enunciados parecieran desconectados de la facultad de lenguaje. De alguna manera, actos sin infancia, jugando con la comparación. La pura potencia sin acto, en cambio, pasaría por un yo caótico, reabsorbido por la facultad de lenguaje y por lo tanto siempre potencial.

Un ejemplo de los primeros podrían ser los clichés, lugares comunes y fórmulas de los periodistas deportivos y de los jugadores de fútbol, del género deportivo en general. ¿Qué son sino las preguntas que no preguntan nada de los periodistas deportivos, y las respuestas “con el casete” de los jugadores? Sería largo enumerar estos enunciados, pero aquí van algunos a título de ejemplo, como “los partidos hay que jugarlos”, “el rival también juega”, “en la cancha somos once contra once”, “el director técnico dio un paso al costado”, “hay que seguir trabajando en la semana” o “nos quedan diecinueve finales”, que seguramente resonarán en los oídos entrenados del lector futbolero (2).

¿Y el discurso mediático? ¿De qué lado quedaría?

Problematizando y concluyendo

Se sabe: en medio del ruido no se puede pensar. Y el discurso mediático, funcionando a la manera del performativo absoluto, es ruido. *Yo hablo*. De qué, desde dónde, sobre qué, cómo, para quién, por qué... no importa. Lo que importa es que hablo. Esa es la lógica: la del decir primando sobre lo dicho. Lo importante es *decir*, más que *qué decir*. Llenar, llegar primero. Esto se puede observar, sobre todo, en la carrera por el *rating* y la primicia, en momentos de rumores fuertes sobre la vida o la muerte de alguien. Allí lo que importa no es lo que se dijo sino quién lo dijo primero. Visto así, recaudos tales como chequear informaciones o cruzar fuentes aparecen considerados casi una pérdida de tiempo.

Asimismo, en las actuales condiciones del sistema de medios no se puede escuchar. Y aquí es donde hace su ingreso otro filósofo italiano, Franco Berardi, quien sostiene que la nuestra sería una época en la que la escucha (y la palabra) entró en crisis.

En *Generación pos-alfa* (2007), Berardi se ocupa de distintos aspectos propios de la generación que ha aprendido más palabras de una máquina que de su madre. Aquella socializada en un entorno hegemonizado por pantallas y prótesis, mental, psíquica, lingüística y antropológicamente distinta a la generación socializada en un ambiente hegemonizado por el alfabeto. Hasta allí el enfoque básico del libro. Luego, algunas diferencias intergeneracionales, situadas aquí a grandes rasgos, como para no perder el hilo del argumento. Según el autor, la

posalfabética opera –cognitivamente, cerebralmente–, por ejemplo, simultánea y no secuencialmente; por significantes y estímulos antes que por significados y razonamientos lógico-críticos, etcétera.

Pero la hipótesis que aquí más nos interesa es la siguiente, por un lado, la hipótesis de un desfasaje: el desfasaje entre el volumen y la diversidad de emisión de signos e informaciones propias del actual sistema de medios, que no tiene techo, que es exponencial. Y, por otro lado, la capacidad humana de procesar todo eso, que sí tiene un techo; un techo dado por los límites del cuerpo, del cerebro, la vista, el oído. Ello redundaría en una serie de consecuencias: 1) sistema nervioso sometido a un estrés sin precedentes; 2) demanda de atención constante y creciente en tareas simultáneas; 3) déficit de atención, de retención, de concentración; 4) pánico, sobresaturación, sobreexcitación, irritabilidad, dislexia, entre otras. Todo esto, combinado con el imperativo de hablar (del que el imperativo de la primera persona propio de las redes sociales sería subsidiario; primera persona y gerundio, temporalidad del instante), porque si habla todo el tiempo no se escucha, generan como resultante la aludida *crisis de la escucha*.

De modo que, no habiendo condiciones de escucha, ni de enunciación –porque cómo detenerse en semejante contexto vertiginoso, puesto alguien en la labor de comunicador o de trabajador de medios en general, a cuidar la palabra del otro o a interrogar los términos del propio decir o del propio hablar–, ¿por dónde pasaría una crítica de medios posible? ¿Y si no necesariamente pasara por el registro de la palabra?, ¿si agregar más palabra a la palabra imperativa fuese redundante, estéril, inconducente?

Llegados a este punto, nuestra hipótesis es la siguiente: en las actuales condiciones de enunciación y escucha del sistema de medios, que impregna, como vimos y dijimos, a otros niveles de lo social, una crítica posible de medios no pasaría tanto por el adentro como por el afuera.

Dicho de otra manera, entendemos que, por ejemplo, antes que por denunciar los intereses ocultos tras un determinado grupo, programa o periodista (denunciar, por ejemplo, que tal medio es propiedad de tal persona) –un piso conquistado en los últimos años–, o antes que por salir a contestar a quienes operan caminando por la vereda ética e ideológica de enfrente; decíamos, antes que por todo eso, una crítica de medios posible y potente pasaría hoy por suspender y sustraerse de la *subjetividad mediática*, de las *gramáticas de producción del discurso mediático* y de la *temporalidad del sistema de medios* al pensar problemas, tratar temas, o producir enunciados en nuestras prácticas –políticas, comunicacionales, docentes, íntimas– más cotidianas. Por suspender esas, en nombre de las voces, las modalidades de producción y las temporalidades más propias.

Notas

(1) Quedaría por analizar, en este caso, si esta necesidad de individualizarse mostrándose como fuente de enunciaciones ante los demás obedece a una necesidad subjetiva propia de los eventos de masas.

(2) Algo similar ocurre con los hinchas. Una de las sensaciones propias de la experiencia de leer y escuchar hinchas a lo largo de nuestro trabajo de campo (en nuestro caso, y sistemáticamente, desde el año 2007) es la de que todo ya ha sido dicho antes. Como si fuese un *déjà vu* o una película vista. Como si los enunciados hinchistas estuvieran estancados en un punto y no pudieran dejar de repetir lo mismo, perdiendo potencia de nombrar lo que pasa o lo que hay (respecto de la situación institucional del club en el que participan, por ejemplo); la sensación de que, sin terminar de decir, se dice nada o siempre lo mismo, como si un género discursivo (el deportivo) o una jerga (la de los hinchas) o una subjetividad (la mediática) encorsetaran y no permitieran la irrupción de una voz propia que tome la palabra e irrumpe en escena como generación (nos interesaban puntualmente los hinchas jóvenes), como sujeto.

Bibliografía

- BENVENISTE, Emile, 1976, *Problemas de lingüística general*, México: Siglo XXI.
- BERARDI, Franco, 2007, *Generación post-alfa*, Buenos Aires: Tinta Limón.
- HUDSON, Juan Pablo y SODO, Juan Manuel, 2007, “La subjetividad mediática en clase” en *La trama de la comunicación*, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Política y RRII, Volumen 12, Rosario: UNR Editora.
- LEWKOWICZ, Ignacio, 1996, “La situación carcelaria” [en línea] <http://estudiolwz.com.ar/subjetiv/subjet.htm>.
- RANCIERE, Jacques, 2003, *El maestro ignorante*, Barcelona: Leartes.
- 2010, *El espectador emancipado*, Buenos Aires: Bordes Manantial.
- SODO, Juan Manuel, 2012, “Implicancias y consecuencias de las actuales maneras de transmitir y analizar fútbol por TV: la judicialización televisiva”, *EFDeportes.com*, Revista Digital, Año 17, Número 169, Buenos Aires.
- 2012, “Prácticas de sociabilidad en un grupo de hinchas del fútbol argentino y sus vinculaciones con la producción de ambientes de violencia en torno del espectáculo futbolístico”, Tesis doctoral, Doctorado en Comunicación Social, Facultad de Ciencias Políticas y RRII, Universidad Nacional de Rosario [s. e.].
- VALDETTARO, Sandra, 2006, “Televisión, actualidad, historia y memoria”, *Otro Sur*, publicación de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, Año 2, N.º 3.
- 2007, “Medios, actualidad y mediatización” en Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación N.º 123 “Medios y Comunicación”, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso, Argentina, Publicaciones Periódicas, 2007, pp. 51-65.
- VERON, Eliseo, 1987, *La semiosis social; fragmentos de una teoría de la discursividad*, Buenos Aires: Gedisa.
- 2001, *El cuerpo de las imágenes*, Buenos Aires: Norma.
- VIRNO, Paolo, 2004, *Cuando el verbo se hace carne; lenguaje y naturaleza humana*, Buenos Aires: Cactus.